

**JAVIER NADAL ARIÑO**  
**Ingeniero de Telecomunicación**  
**Telefónica**

## **NO NOS OLVIDEMOS DE LA PRODUCTIVIDAD**

Unos años antes de que se hiciera evidente la crisis económica actual, algunas voces alertaron sobre un problema grave de la economía española: la débil productividad del sistema y, en particular, el hecho paradójico de que esto coexistía con un espectacular crecimiento de la riqueza del país, lo que impedía percibir la verdadera gravedad del síntoma. La economía del ladrillo estaba haciendo crecer espectacularmente la mano de obra ocupada y la tasa de actividad de la economía española, por la vía de incorporar ingentes cantidades de trabajadores de baja cualificación aportados por la inmigración. El PIB crecía por los salarios incorporados por la mano de obra inmigrante.

Aquellas voces de alarma, recomendaban cambiar el modelo productivo y seguir la senda que los EEUU habían señalado en la segunda mitad de los años 90 del siglo pasado. Durante esta década la productividad americana creció cada año entre dos y tres veces más que la productividad de la Unión Europea. Casi la totalidad de esa diferencia se podía atribuir a la

aportación que las TIC hicieron aquellos años a través de las inversiones en equipamiento, la mayor cualificación TIC del factor trabajo o la incorporación de la nueva cultura digital a su sistema productivo, renovando la capacidad de generar nuevas actividades y negocios. Esta comparación, que había servido de alarma y base sobre la que sustentar la llamada Agenda de Lisboa, demostraba que Europa tenía dificultades para incorporar las TIC a su economía, pero era particularmente preocupante en el caso de España que ocupaba lugares muy rezagados en el ranking europeo.

Han pasado algunos años, la economía del ladrillo ha pinchado y ha estallado la crisis, con sus graves secuelas en el sector bancario, en la financiación de la deuda, en el equilibrio presupuestario, en la economía productiva, en el empleo y en el riesgo de quiebra del Estado del Bienestar. Desaparecida la capacidad de antaño de recuperar los equilibrios básicos y la competitividad de nuestra economía a través del recurso de la devaluación de la moneda, el Gobierno no encuentra otra salida que aplicar fuertes recortes a todas las partidas de los presupuestos, al tiempo que se aplican reducciones salariales y drásticas reformas a las relaciones laborales, con la esperanza de recuperar la competitividad de nuestra economía por la vía de reducción de costes laborales.

No es mi propósito entrar a valorar estas políticas, sobre las que, a estas alturas todo el mundo tiene ya formada

su opinión. Lo que quiero resaltar es que la magnitud de la crisis y la preocupación que nos generan las políticas y recortes que se están llevando a cabo, podrían hacernos olvidar que el problema de la baja aportación TIC a nuestra productividad continúa vivo. Que si por un golpe de fortuna, o por una idea genial de alguien, de pronto se resolviera el problema de la deuda, la recaudación de impuestos aumentara y el crédito volviera a fluir, nuestro sistema productivo se encontraría, de nuevo, con su problema estructural de productividad intacto.

La actual crisis no debería impedirnos actuar con visión de futuro. La gravísima coyuntura obliga a hacer grandes ajustes y reformas, pero éstas se pueden hacer de muchas maneras. Lo urgente es resolver las cuestiones financieras para volver a tener 'condiciones de contorno' normalizadas, pero lo importante es abordar los problemas de fondo que ya nos impedían, hace siete u ocho años, tener una sociedad y una economía a la altura de los tiempos que vivimos.

Tampoco creo que estos asuntos se puedan abordar solo con una óptica sectorial. Ya sé que las TIC son transversales y afectan a todos los sectores, pero precisamente por eso su abordaje desde dentro es muy incompleto y suena demasiado a "que hay de lo mío". Creo sinceramente que las políticas que se han aplicado sectorialmente desde el ámbito TIC, durante la última década, han sido globalmente acertadas y han permitido mejorar las infraestructuras y los equipamientos

tecnológicos de empresas y hogares. Han dinamizado la e-Administración. Han contribuido a alfabetizar digitalmente y a cerrar brechas de edad o género. Seguro que muchas cosas son criticables y que se podían haber hecho mejor, pero los responsables sectoriales han desarrollado discursos coherentes y políticas adecuadas con recursos generalmente ajustados.

Por supuesto que serán bienvenidas todas las políticas que vengan a reforzar estas líneas de acción, pero el problema de fondo requiere acciones de mayor calado. De poco servirá el equipamiento tecnológico, e incluso su uso avanzado, para generar una economía competitiva e innovadora, si no somos capaces de crear entornos productivos abiertos y conectados, en los que la creatividad, la innovación y las ideas fluyan, en una fecundación cruzada, entre el mundo de las empresas y el sistema Ciencia-Universidad. No es una cuestión de más o menos presupuesto de I+D, sino de generar un nuevo ecosistema más amigable con los emprendedores y con otro tipo de incentivos a la investigación universitaria, con asignación de recursos por resultados, con modelos de transferencia al mercado flexibles y adaptados al medio. Esto no se puede hacer sin una importante reforma de la universidad que tendría que empezar por cambiar su gobernanza. Hacerlo no es utópico, pero requiere reconocer el problema y abordarlo. Hay talento suficiente para hacerlo y no debería faltar la voluntad, aunque afecte a intereses creados. Sin ir más lejos, hace apenas tres meses, EL

PAIS (25 de julio) publicaba que la Generalitat de Catalunya está preparando una profunda reforma en ese sentido, basada en un informe elaborado por un grupo de expertos, de lectura muy recomendable (Vallespín, 2012)<sup>6</sup>.

Sacar partido a las TIC requiere, en definitiva, un ambiente adecuado, un nuevo 'software social' que facilite su incorporación en todos los niveles, y ello pasa también por incorporar a la educación de nuestros jóvenes las 'habilidades y competencias del siglo XXI', en la afortunada definición de la OCDE. Competencias que no solo se refieren a las habilidades funcionales TIC (que por cierto los nativos digitales ya traen incorporadas de serie), sino que incluyen aquellas otras habilidades necesarias para que los jóvenes sean trabajadores efectivos y ciudadanos de la sociedad del conocimiento del siglo XXI. Una educación para que aflore el talento, la creatividad y la capacidad de emprender.

---

<sup>6</sup> Vallespín, Ivanna (2012): La Generalitat quiere eliminar las elecciones en las universidades, El País, 25 de julio de 2012, [http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/07/24/catalunya/1343156994\\_432245.html](http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/07/24/catalunya/1343156994_432245.html)